

Educación digital

Concha Fernández Martorell

La actual reforma educativa ha puesto de manifiesto, de manera radical, los problemas más acuciantes de nuestra sociedad y su deriva. Tal vez porque es en esta forma de relación que el mundo adulto establece con la infancia y la adolescencia donde mejor se puede medir el presente, a través de la mirada que lanza sobre el pasado y la forma de proyectar el futuro, cuando elige las experiencias que van a ser transmitidas y hace una previsión de sus propias acciones. También en esa relación se descubre, con la mayor crueldad —es decir, realidad— qué se puede esperar de una sociedad.

Dos son los pilares que fundamentan el ideario reformista: educación integradora y educación en los valores, articulados sobre el modelo psicopedagógico constructivista. Tres elementos bien trabados que apuntan hacia la futura sociedad digital. En la encrucijada de este proyecto, lleno de «buenas intenciones» al servicio de un virtual mundo de los beneficios, el conocimiento se ha diluido.

El problema no reside en ajustar la ecuación horas por materia —como pretenden los últimos proyectos ministeriales—, lo que significa enzarzarse en una polémica infinita y gravemente equívoca, sino la voluntad de sustituir el conocimiento como experiencia, saber crítico y autonomía de pensamiento, por una articulación informatizada del saber, donde los contenidos se han disuelto entre procedimientos y moralidad. Éste es el «espíritu de la LOGSE».

La *voluntad integradora*, como objetivo prioritario de la política educativa, encierra ambigüedad y engaño. El bien social que supone alargar dos años la enseñanza obligatoria, se revela falso al carecer de dotaciones económicas, espacios adecuados y recursos humanos, y convierte la estancia escolar de buen número de alumnos desmotivados en un mero pasar el tiempo que obstaculiza el aprendizaje colectivo. Esta problemática situación sirve de coartada para imponer un sistema educativo basado en la instrumentalización de contenidos mínimos, con el fin de «formar» a los alumnos como piezas adecuadas para el complicado engranaje de la sociedad posindustrial y las redes telemáticas. Por no hablar del efecto de desigualdad que todo ello produce entre la enseñanza pública y la privada.

Mientras la población marginal continúa desamparada y acrecienta su desintegración personal en la misma medida en que no encuentra en la escuela un lugar adecuado, el resto de alumnos están sujetos a un programa de adiestramientos que inhabilita todo pensamiento alternativo. En 1966 Hannah Arendt escribió: «la palabra *educación* tiene un sonido perverso en política; se habla de educación, pero la meta verdadera es la coacción sin el uso de la fuerza».

El carácter domesticador del nuevo sistema se manifiesta con evidencia en el peso otorgado a los *valores* en los nuevos programas educativos, en detrimento de los contenidos reales. Los principios éticos —que no las normas morales—, sólo pueden surgir del ejercicio de una racionalidad fundamentada en conocimientos reales. Los sentimientos de solidaridad, tolerancia o respeto que proponen los programas se despiertan en el individuo por la comprensión intelectual de situaciones injustas, por el descubrimiento de realidades precisas y concretas de dominación, por el hecho de que el conocimiento esté socialmente involucrado en un proceso de emancipación y no al servicio exclusivo del desarrollo científico tecnológico. El enfoque de la reforma, por el contrario, al establecerse sobre vagos contenidos, impone los valores de forma puramente emotiva, moral, religiosa, cuyos efectos inevitables son el *rechazo agresivo* o el *conformismo*, sin cabida para la constitución de personas autónomas y libres.

La *actitud agresiva* hacia el medio escolar procede habitualmente de alumnos cuya problemática familiar y social ha interceptado gravemente la formación de su identidad. La inestabilidad y presión laboral, la falta de expectativas, el desempleo creciente de una gran masa de seres aislados y controlados por medios de comunicación en sus costumbres y formas de vida, se hace transparente en aquellos que a muy corta edad están ya tristemente situados al margen.

Al otro lado sólo cabe el *conformismo*: configuración de seres pasivos moralmente adecuados al orden establecido, individuos bienpensantes e instruidos en el manejo de las máquinas. Para ellos está reservado el futuro.

El proyecto educativo es integrador sólo en la medida en que promueve la adaptación al mundo tecnológico, e impone valores que ofrecen una imagen artificiosa de paz social mientras el sistema económico agudiza su real desintegración.

Con ello ha escamoteado, definitivamente, su auténtico cometido: aclarar a los alumnos las auténticas razones de su situación desarraigada en un lenguaje que les permita *conocer* la realidad histórica, política, económica y social que les impide configurar su identidad. ¿Qué otra cosa es el conocimiento? Se pretende despertar los sentimientos de solidaridad, tolerancia y respeto pero evitando el debate sobre la responsabilidad histórica, social, política y científica que está en juego.

Todo pedagogo sabe que la reflexión crítica, de la que alardea mezquinamente la reforma, no se adquiere de forma simple y directa, sino desde los propios conocimientos, precisamente lo contrario de su propuesta. La política educativa sabe que sólo donde los conocimientos entran en juego se produce

la rebelión y el avance social, sólo ahí surge la crítica, en el debate entre lo viejo y lo nuevo.

Por el contrario, la pedagogía constructiva, que se presenta como proceso inherente al aprendizaje, no un método entre otros, define los contenidos como «aquello a través de lo cual el alumno aprende, y no coincide necesariamente con lo que tiene que saber». Los programas incluyen en los contenidos tres categorías: procedimientos; hechos, conceptos y sistemas conceptuales; actitudes, valores y normas. Los «objetivos» a conseguir reúnen formas y estructuras vacías y actividades instrumentales, junto a un sistema de valores abstracto que, por su falta de contenido real, se impone sin reflexión.

Establecer relaciones entre un conjunto de nombres y otro, rellenar espacios en blanco, elaborar gráficos, esquemas, mapas conceptuales, organizar la información en marcos dentro de marcos, es decir, contruir una estructura informatizada del saber, es el objetivo de esta nueva doctrina, en detrimento del *relato* y la *transmisión*, de la objetivación de conocimientos reales y concretos implícitos en el lenguaje, evitando toda visión unitaria de los contenidos culturales.

Por lo que respecta al profesor —tachado de acomodaticio en lo laboral y anacrónico en su forma de impartir las clases (quiero recordar que la enseñanza en los institutos públicos gozaba en los últimos años de una excelente consideración)—, se ha visto desposeído de todo *prestigio intelectual*, lo que realmente crea en el alumno la *admiración* y el *entusiasmo* por el *conocimiento* a través de la *mímesis* (las palabras marcadas son contrarias al lenguaje de la reforma), y ha visto reducida su tarea a la aplicación de un organigrama informático previsto en los programas, en donde se hace coincidir la obtención de un objetivo con actividades procedimentales repetitivas hasta el hastío en torno a alguna información complementaria. La adecuación del sistema de enseñanza a la futura sociedad digital es directa. En ella no son necesarios conocimientos sino al contrario, capacidad para olvidar y cambiar de información, se necesitan seres desposeídos. Cuando la pedagogía habla de educación como construcción de la identidad, deberemos entender configuración de un dispositivo mental adecuado a los aparatos técnicos.

Los conocimientos no tienen un valor en sí, son sólo un camino para el «aprendizaje significativo», un material que hay que presentar al alumno previamente dotado de «significatividad» «lógica» y «psicológica», esto es, «implementar» un *modo de pensar adecuado*, los conocimientos al servicio del sistema, a través de unos «procedimientos» que actúan como «estrategias cognitivas» (a nadie se le escapa el tono manipulador de este lenguaje).

El descrédito del conocimiento tiene una razón histórica. El saber como sistema de Verdad ha estado siempre unido al poder, lo que tenía como efecto su imposición dogmática en la enseñanza; el relativismo contemporáneo ha cuestionado el valor de verdad del conocimiento, y sujeto al ritmo científico-tecnológico tiene ahora una vigencia tan corta que parece contradictorio retenerlo. (En esta tesitura, la pedagogía constructivista ha adoptado la lógica de lo peor: se constituye como Verdad sobre el aprendizaje y evita los conocimientos.)

Pero entre el saber Verdadero que se erige en principio de autoridad y la constante superación de enunciados refutables, el conocimiento es lo que permite al individuo situarse en el seno de la cultura, comprender su entorno social y natural, establecer relaciones y comparaciones, hacerse con el mundo y despertar su sentido crítico. Hemos pasado del dogmatismo al saber instrumental, abandonando por el camino aquel principio implícito al conocimiento y la racionalidad del proyecto ilustrado: construir nuestra identidad como seres libres.

La pedagogía reformista está al servicio del saber instrumental, una posición que no dista mucho de lo que ha sido habitual en nuestro país durante muchas décadas: trivializar el conocimiento e imponer un sistema de valores, todo ello con el fin de integrar.

Los programas se presentan como aideológicos y los propios pedagogos lo admiten al considerar que es posible poner al alumno en contacto con los conceptos establecidos como prioritarios de nuestra sociedad o introducir valores positivos de una sociedad alternativa, pero lo cierto es que el saber instrumental y el constructivismo tienen en común una pretensión de neutralidad, tanto más ideológica cuanto que han inhabilitado el auténtico debate, y ya nadie se plantea a quien beneficia la revolución informática —motor de este sistema de enseñanza—, que por lo pronto es una realidad incuestionable.

Precisamente ahora que habíamos atisbado la libertad para explicar los procesos inquisitoriales que sepultaron los más bellos poemas de nuestra literatura, la barbarie histórica de cruzadas, reconquistas y colonización, cuando habíamos reconocido el principio de autoridad y dominio ejercido por la Verdad filosófica, religiosa, científica y tecnológica, cuando estábamos a punto de comprender con Benjamin que «jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de la barbarie», y comenzábamos a ser críticos, a poner en marcha un uso libre, autónomo y laico de la razón, entonces se ha impuesto una nueva barbarie que favorece la ignorancia y hace de la simpleza virtud.

Todavía se desconocen los efectos que una educación basada en conceptos vacíos y valores añadidos puede tener sobre los jóvenes en el futuro, lo que sí se puede decir ya hoy es que, de repente, el aprendizaje mimético, los valores afectivos del conocimiento, la emoción que despierta un razonamiento bien trazado, la experiencia y el entusiasmo del docente, el sentido común, se han visto claramente fuera de juego.

Pero lo que parecen no haber apreciado los pedagogos, ni siquiera los que sinceramente pretenden educar para un futuro más solidario y tolerante, como señalan los programas, es que la crisis de nuestro tiempo, que dicen querer superar, es precisamente una crisis de la experiencia, del sentido común, de la admiración por el conocimiento y la memoria histórica, los valores del pasado que tiene interés conservar. Lo que realmente despreciamos de la educación tradicional es su carácter impositivo, autoritario, manipulador, castrante, vergonzante y vergonzoso, basado en la ocultación de conocimientos y la ostentación de la irracionalidad. Pero en lugar de erradicar tan malas costumbres, se cortan de raíz los únicos elementos que permitían la autonomía individual y el reconocimiento social.

¿Qué esconde tanta incompetencia? Parece evidente que es necesario, una vez más, vaciar las cabezas e introducir moralidad, para adecuarse a la futura sociedad de la información, que extraerá sus beneficios y expiará su culpa en una «cruzada solidaria» hacia los estratos más deprimidos.

Los principios pedagógicos de la reforma son plenamente acordes con la deriva de nuestra sociedad. La Verdad impuesta dogmáticamente mató al conocimiento en épocas pasadas, y es ahora disuelto en el procesamiento informático. La identidad humana se origina en el lenguaje —el relato, la transmisión, el diálogo, el explicarse uno a sí mismo—, es el medio humano, donde puede forjarse la sensibilidad, una «manera de ser» que hace al «ser» «humano», desde la cual poder actuar libremente sin interposición de valores morales añadidos.

Si de verdad se pretenden superar los problemas de nuestro presente y hacer de la enseñanza un espacio cívico en el que todas las personas puedan tener un lugar, habría que plantear con valentía un programa auténticamente democrático y emancipador, que sólo puede estar basado en el conocimiento y la racionalidad. Como escribió Krakauer, «hacer al hombre dueño de la razón y no víctima del proceso de racionalización». Por el contrario, lo que pretende el actual sistema educativo es adecuar los conocimientos y todo el proceso de aprendizaje a las condiciones de la tecnología, con el fin de llevar a cabo una auténtica integración psicológica y moral, e impidiendo a toda costa la formación de seres autónomos y libres.

El objetivo de este nuevo diseño de la enseñanza es acostumbrar a los individuos, aislados y desprovistos de todo conocimiento y conciencia, al manejo ciego de las máquinas y a la pérdida de lo real, o mejor, a su suplantación por el mundo digital y la realidad virtual. Aceptar como inevitable el futuro que se avecina y poner la educación al servicio de las multinacionales de los multimedia. La pregunta que continúa en pie sigue siendo: «¿Quién se apropiará de la auténtica realidad?».